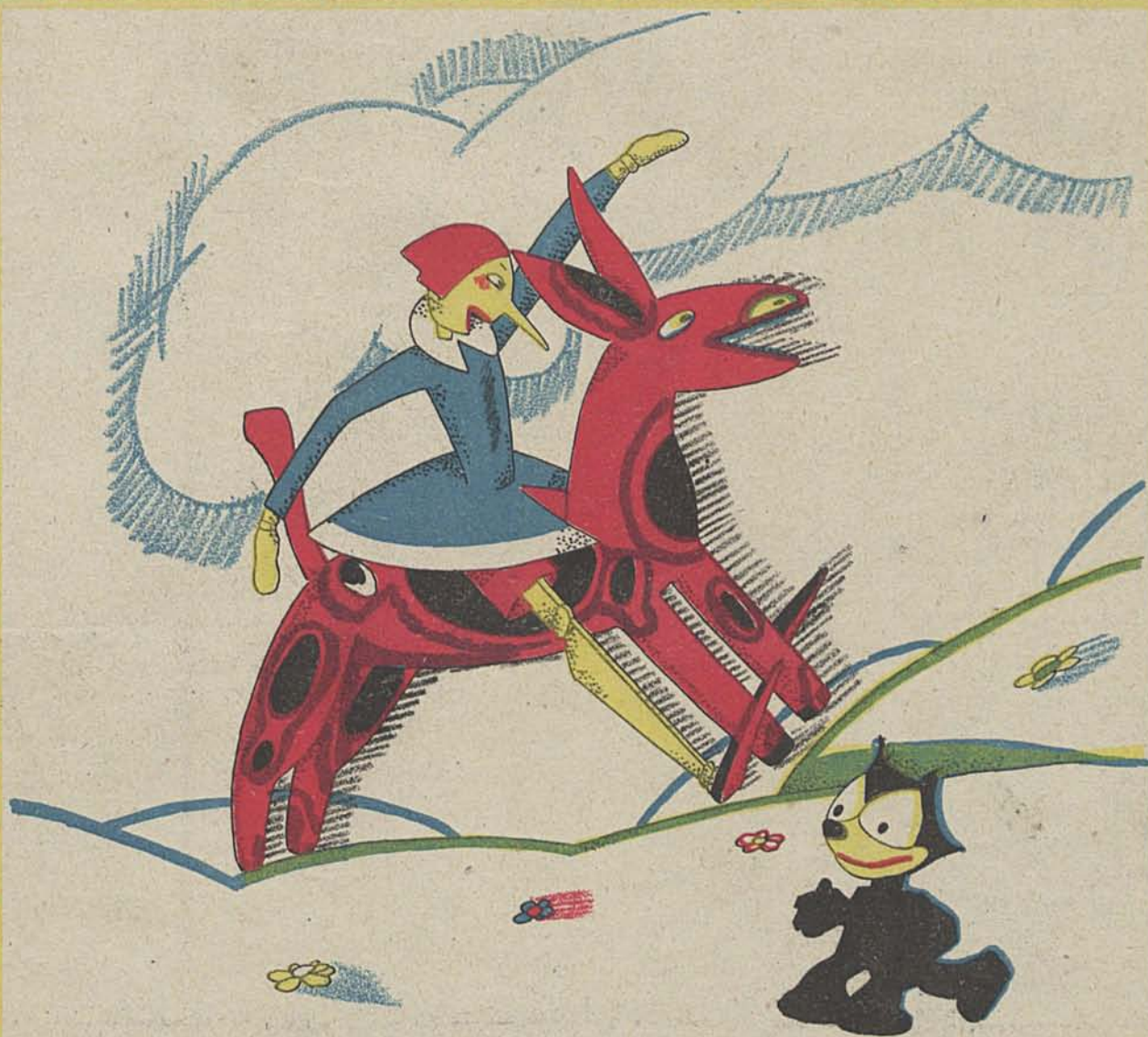


# PINOCHO

AÑO. IV  
NUM. 167

25 cts

29 ABRIL  
1928



- OYE PINOCHO, ¿A QUE NO SABES EN QUE SE CONOCE QUE VAS MONTADO EN UN BURRO?  
- NO SE.....  
- ¡PUEG EN QUE SI FUESE AL REVÉS EL BURRO LO SERÍAS TU!

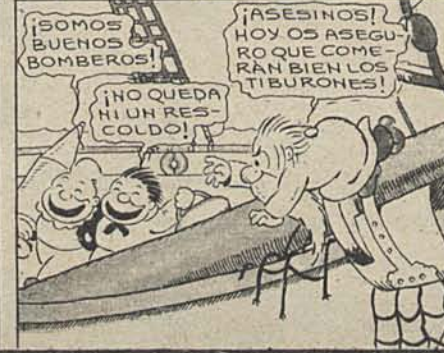
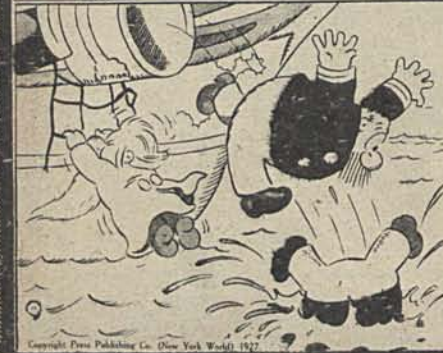
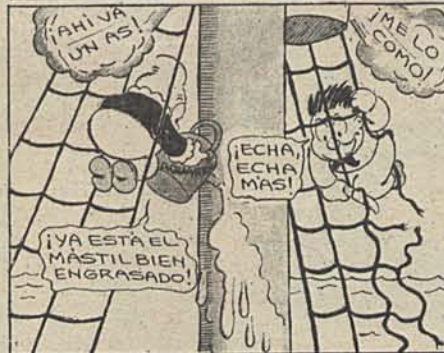


# Piñochito



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

dole, y sintió una ira furiosa que, unida a la necesidad de dar desahogo a toda la amarga opresión que se había acumulado en su corazón, estalló en terribles juramentos y en amenazante propósito de venganza.

—¡Ah, quieren impedirnos el paso! —rugió, apretando los dientes.— Y para ello manda un simple crucero protegido... ¡Avante, piratas del mar, enseñemos a estos estúpidos cuán peligroso resulta bromear con nosotros!... Que cada uno ocupe su puesto de combate...

En confirmación de sus propósitos batalladores, el buque de guerra incógnito, mientras se preparaba a izar su bandera, como podía deducirse de ciertas maniobras de sus tripulantes, disparó un cañonazo con pólvora sola, que significaba claramente:

—¡Moderad la marcha y sacad vuestra partida de bautismo!

Rodolfo de Barenval encogióse de hombros y gritó a Collap:

—¡Que preparen un tubo lanzatorpedos y maniobren para atacar al enemigo!

Y en seguida gritó:

—¡Maurical!

El joven subía entonces de la cámara y marchó al encuentro del comandante.

—Maurical —le dijo Barenval—. ¿Has visto a las dos mujeres?

—Sí, capitán.

—¿Cómo están?

—Están más tranquilas.

—¿Y... Maud?

—Está tranquila.

—¡Ah!

—Creo que dentro de dos o tres días se encontrará bien del todo.

—¡Tanto mejor!

—Estoy seguro de ello.

—¡Maurical!

—¿Qué?

—Oyeme

—Diga.

—Tengo necesidad de un hombre leal.

—Yo lo soy.

—Lo sé; escuchame. Si en este combate me sucede algo...

—¡Dios no lo quiera!

—Chitón y escucha lo que te digo. Te recomiendo a Maud y a su madre.

—No tema. Serán sagradas para mí.

—Las conducirás a cualquier puerto y les devolverás la libertad, suplicándoles que me perdonen el daño que les pueda haber causado. ¿Has comprendido?

—Perfectamente. Pero confío en que no tendrá necesidad de mí.

—¿Quién sabe? La muerte llega cuando menos se espera... ¿Oyes?

Esta interrogación fué provocada por un cañonazo con bala disparado por el crucero.

El proyectil pasó con un ruido sordo por encima de las

cabezas de los dos hombres y fué a caer en el mar, levantando dos grandes columnas de agua.

Rodolfo de Barenval no titubeó más.

Precipitose furioso a la rueda del timón, y ordenó:

—¡Avante a toda máquina!

En seguida volvi6se hacia Collap, que, en unión de otros marineros, empezaba la orden de lanzar el espantoso instrumento de destrucción y de muerte, dirigió una íntima mirada de odio al crucero, abrió la boca para lanzar la orden fatal y... La voz murió en su garganta en un rugido que no tenía nada de humano.

Amigos míos, en aquel momento, en el pequeño crucero se izaba el hermoso pabellón tricolor de Francia, la sublime enseña de su tierra natal, la bandera de su patria...

El *Torpedero de presa*, lanzado a toda velocidad, siguió su marcha sin lanzar el torpedo, y se alejó vertiginosamente, saltando sobre las olas, perseguido en vano por el fuego de todos los cañones del crucero, que incapaz de seguirle por la escasa potencia de sus máquinas, se desahogaba en aquel juego de artillería que el movimiento del mar agitado, desviando la línea de tiro, hacia inútil.

Dos horas después la pequeña y veloz nave, milagrosamente incólume, no era más que un punto casi invisible en el horizonte occidental.

## IV

*En Tomini.—El triunfo de Barenval-rajá.—Lo que tenía que referir Maurical.—A rienda suelta.—Una desgracia que puede costar un reino.—Meditación de Collap interrumpida por un grito.—¡Nos han reventado!—Las dos resoluciones de Collap.—Misterios del torpedero.—Un bote de gran tamaño.*

El *Torpedero de presa* llegó a Tomini habiendo agotado por completo toda su provisión de combustible, aunque habían echado montones de carbón encima de cubierta y llenado todo agujero disponible.

Una hora o dos más de navegación y se hubiesen visto obligados a quedarse en alta mar, al azar.

La llegada del nuevo rajá fué saludada con un entusiasmo algo frío, o al menos así le pareció al desconfiado Barenval, por el pueblo que acudió a lo largo de la playa.

No obstante fué conducido poco menos que en triunfo hasta palacio, en donde los siervos del difunto príncipe Kaudarg le vistieron con un espléndido traje de seda, adornado de oro, plata y piedras preciosas; le ciñeron al costado una hermosa cimitarra y le cubrieron la cabeza con un magnífico turbante.

Después de vestido, Rodolfo de Barenval, entre Collap y Maurical, que llevaban el uniforme de gala de marinos de guerra, bajó a la calle, encontrando a la puerta un brillante cortejo de jinetes rodeando un caballo con ricos arreos y



gualdrapas: eran los *arungs* del reino, acompañados de sus escoltas, que habían venido a rendir homenaje al nuevo soberano de Tomini.

Al aparecer el rajá, los *arungs* le abrieron paso, invitándole a montar el caballo preparado para él; y toda la brillante cabalgata se puso en marcha entre gritos ensordecedores y aclamaciones del pueblo agolpado a su paso.

Barenval desmontó en una especie de templo, en donde unos sacerdotes le consagraron, invitándole a jurar fidelidad a las leyes y tradiciones del país.

Juró, hizo todo lo que le pidieron que hiciese; pero con una indiferencia y una pasividad tan grandes, que a cualquiera mirada escrutadora habría demostrado la escasa importancia que daba a todas aquellas ceremonias.

Al regresar a Palacio quiso que le dejaran solo, y entonces se quitó de la cabeza el precioso turbante, lo contempló un momento, y después lo echó al suelo con soberbia violencia.

—¡Imbéciles!—gritó—. ¿Qué me importan los honores de que me rodeáis y la fortuna que asiste a todas mis empresas, si no puedo ser amado de Maud, de aquel ángel adorable? ¿Qué vale esta vida y esta gloria, si para todo hombre honrado y solicitado para ella será siempre un galeote del presidio de Nou, un capitán de bandoleros, de unos piratas, un paria de la sociedad?... ¿Por qué, por qué no encontré la muerte en Monte Rey, al herirme aquel proyectil?... ¡Así habrías acabado de sufrir, pobre corazón mío!...

Barenval pasaba gradualmente de la ira a la compasión por su propia persona, y estaba a punto de romper a llorar, cuando unos pasos precipitados y un ligero golpear a la puerta le obligaron a dominar su dolor y a presentar un aspecto de calma y tranquilidad.

—¿Quién es?—preguntó con voz firme.

—Príncipe, soy yo.

—Adelante.

Presentóse Maurical; el joven estaba tan pálido que el rajá no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Barenval alterado, presumiendo alguna novedad desagradable.

Sabía que Maurical le había dejado preso antes para volver al torpedero, literalmente invadido por sus súbditos deseosos de conocer aquella terrible arma de destrucción.

¿A qué obedecía aquel regreso tan repentino?

—Príncipe...—empezó a decir el joven oficial.

—Llamadme capitán; para vosotros no quiero ser otra cosa.

—Como guste, mi capitán.

—Ea, habla.

—Ha sucedido una gran desgracia.

—¿Una desgracia?

—Sí, o por lo menos así la considero, conociendo sus sentimientos...

—Explicate más claro, ¡por todos los diablos!

—Maud Campbell y su madre...

—Han muerto...—gritó Barenval poniéndose lívido.

—No, por fortuna, pero...

—¿Qué?

—Se han escapado!

—¿Se han escapado? ¿Qué dices?...

—La verdad.

—¡Maud se ha escapado!... ¿pero cómo, de qué modo?

—No se sabe. Las dos han desaparecido del torpedero, aprovechando el desorden producido por la llegada de los malayos a bordo, y que las personas encargadas de no perderlas de vista fuesen hábilmente apartadas, es de suponer que las dos mujeres se han internado en el país.

—Desgraciadas; se harán matar por los indígenas o morirán de hambre.

—No sé, porque es probable que hayan marchado a caballo, pues dos jinetes de la escolta de un *arung* que esta-

ban visitando el torpedero no han encontrado sus cabalgaduras.

—Es preciso hacerlas perseguir.

—Por eso he venido a recibir órdenes.

—¿Cuándo se han escapado?

—Hace una hora, todo lo más.

—Alcanzarlas a toda costa.

—Así lo haré.

—Maurical, pronto, dos caballos para nosotros y diez jinetes de los mejores, para escoltarnos.

—¿Quiere tomar parte en su busca?

—Sí, sin perder un momento. Ve...

Maurical se inclinó y desapareció.

Barenval, quedándose solo de nuevo, se apretó en las manos la frente, que le ardía.

—¡Oh!, ¡aquella chiquilla!, ¡aquella chiquilla!—murmuró, mientras se despojaba de su rico traje de rajá para ponerse otro más ligero.—Ha nacido para mi desgracia, y esta pasión acabará por matarme...

Las manos le temblaban; tenía el rostro encarnado, los ojos brillantes y a menudo se mordía los labios, vistiéndose a tirones con violenta impaciencia.

Un siervo fué a anunciarle que la escolta estaba preparada. Bajó en seguida, saltó a caballo, se puso al frente de los diez hombres ya montados, y buscó con los ojos a Maurical.

El joven oficial no estaba presente, pero apareció poco después a rienda suelta.

—Perdone, mi capitán—dijo, viendo a Barenval enfadado.—He ido a recoger unos informes.

—¿Y qué has encontrado?

—Las dos mujeres han escapado a toda velocidad.

—¿A caballo?

—Sí.

—¿Qué dirección han tomado?

—Dígnese seguidme; pues, mientras nos entretenemos, las fugitivas ganan tiempo.

—Tienes razón. En marcha.

Y dando el ejemplo, Barenval clavó las espuelas en el vientre de su corcel sin preocuparse de los obstáculos.

De pronto sintió que su caballo chocaba con algo; le pareció haber tropezado con alguna cosa, pero no se preocupó y siguió corriendo.

Unos gritos desgarradores alzaronse detrás de él, quien sólo preocupado de sus pensamientos, nada oyó y nada quiso oír.

Y, sin embargo, lo sucedido tenía una gran importancia.

En medio del camino, entre un charco de sangre, yacía el cadáver destrozado de un chiquillo, derribado y aplastado por las patas de los caballos, y junto a aquel pobre cuerpo, una mujer, la madre desesperada, gritaba, mientras acudían de todas partes hombres, mujeres y chiquillos, que formaban corro y comentaban lo sucedido, apretando los puños y frunciendo el entrecejo.

En aquellas actitudes se advertía un cierto aire amenazador, una especie de rencor contenido por la prudencia, pero pronto a exteriorizarse. No todo el pueblo de Tomini estaba satisfecho de la proclamación de un extranjero, de un occidental, como rajá de un pueblo tan puramente malayo.

Había los viejos, que recordaban las antiguas glorias nacionales bajo el régimen de los antiguos príncipes del país; los disgustados, que habían esperado cargos, donativos, honores y no habían logrado nada, los cuales sin comparación eran los más; los turbulentos, los ambiciosos del supremo poder, a los cuales añádanse los secuaces del *arung* Sudharah, escapados por milagro de las persecuciones que siguieron al retorno de Kandarg.

Todos se aprovecharon del desgraciado accidente que había ocasionado la muerte del chiquillo y lo convirtieron en un arma contra el nuevo soberano, esgrimida tan sabiamente, gritando y blasfemando, que pronto llegó la reac-

(Continuará en el número próximo.)



¿TENGO EL HONOR DE SALUDAR ALEX-CELENTISIMO SEÑOR MARQUES DE BOQUIABIERTO?

¡VO ME LLAMO MIRAGUANO!

¡AVER SI LLEVA MAS CARTERAS

¡ACABO DE PRESTARLE CIEN DUCADOS A LUCIO!

¡YA NOTABA YO QUE ESTABA US-TEDE MAL HUMOR!

## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO



¡LUCIO, TOMA TU SALARIO DEL MES, Y TE CONCE-DO QUINCE DIAS DE VACACION POR TU BUEN COM-PORTA-MIENTO!

¡MUCHAS GRA-CIAS DONAMA-RO, ME IRE A ARAVACA A PESCAR!



¡LO HEVIS-TO YO AN-TES, EST-MIO!

¡TIENE CIN-CUENTA DUCADOS, SE LOS VOY A LIM-PIAR.

¡DEME UN BILLETE DE IDA Y VUELTA PARA ARAVACA!

BILLETES



¡TIENE QUE SER MIO!

¡QUÉ PASA?

¡NOTE PONGAS ASI! TE LO CEDO!



¡ES UN ASUNTILLO SIN IMPORTANCIA POR EL QUE NOS PELEABAMOS! DE MODO QUE USTED VAYA A ARAVACA, VOY TAMBIEN VOY ALLI.

¡SI, VOY A PASAR UNOS DIAS!



¡AQUELLA GRANJA ES MIA SI SE PONE USTED DE PIE LA VERA MEJOR!

¡YA LA VEO!



¡BUENO, VO VOY A PAREARME AQUI!

¡TANTO BUS-TO EN HABERLE CONOCIDO!



¡ME HAN ROBADO! ¡TENIA YO CINCUENTA DUCADOS EN LA CARTERA Y ME LA HAN QUITADO!

¿QUIERE USTED QUEDARSE COMO CAMARERO?

HOTEL PEREZ



¡ME HACE EL FAVOR DE INDICAR DONDE SE HALLA EL COMEDOR!

¡PASE USTED POR AHI!

HOTEL PEREZ



¡EL LADRÓN!

TRAIGAME UNAS OSTRAS Y.....



¡SOCORRO! ¡GUARDIAS! ¡AQUI HAY UN LADRON!



¡TOME SU CARTERA Y NO GRITE, QUENO QUIERO IR PRESO! ¡QUIERE ALGO MAS!

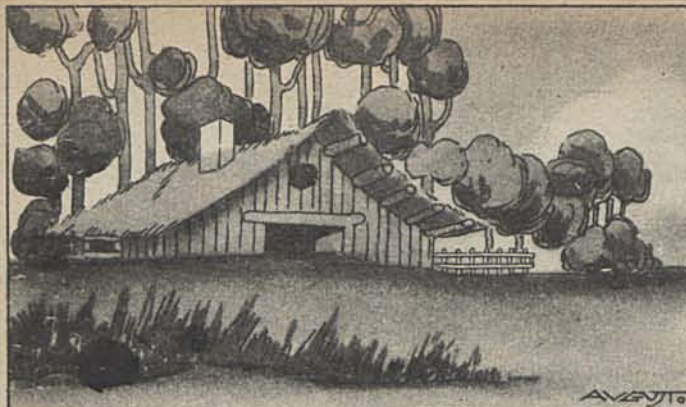
¡SI, QUE ME REEMPLACES EN EL CARGO DE CAMARERO!



¿QUÉ VAA TOMAR EL SEÑOR?

¡POCA COSA! UN PAR DE PAJARITOS ASADOS, DE ESOS QUE HACEN PAU, PAU!





# EL VAMPIRO DE LA SELVA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión)

Juan y Marcos, acostumbrados a aquellos ruidos, no hacían ningún caso. Todas sus facultades estaban recogidas y apercebidas para sorprender el rugido del jaguar.

Habían pasado dos horas cuando Juan advirtió que las ramas de un arbusto se movían.

—¡Marcos —dijo—, ya están ahí!

—Pues yo estoy también dispuesto, y ya sabes que no soy mal cazador.

—Precisamente cuento con que no errarás el tiro. ¿Sientes cómo se mueven las hojas?

—Sí, y del lado por donde suele salir el jaguar.

—No tardará en descubrirse, Marcos.

Mantuviéronse inmóviles, conteniendo hasta el aliento, y vieron salir lentamente al terrible felino.

Era una fiera mucho más pequeña que un tigre, con la piel amarillenta, salpicada de manchas negras, y la cabeza parecida a la de los gatos.

Estas fieras, que en América representan a la raza de los tigres, están dotadas de una fuerza y de una ferocidad extraordinarias.

Aun cuando de poca corpulencia, se atreven a hacer frente a los cazadores con desesperada rabia y derriban fácilmente a un bucy, destrozándole la espina dorsal de un solo zarpazo.

El jaguar, que evidentemente estaba amaestrado por el indio, se dirigió con precaución hacia la cabaña, golpeándose los ijares con su larga cola ensortijada, y luego empezó a dar vueltas al refugio, tentando las paredes.

Como la fiera estaba muy lejos, y además querían esperar a que el in-

dio se presentase, Marcos y Juan permanecieron inmóviles.

—Ya dispararemos luego —dijo Juan—. Cuando se aperciba de que no estamos en la cabaña, acaso venga a rondar por esta parte.

La fiera continuó dando vueltas junto a la choza durante unos minutos, y después lanzó un sordo rugido. Entonces abriéronse las ramas de un arbusto y asomóse el indio.

Iba armado de una cerbatana y de un enorme cuchillo, cuya hoja brillaba a los rayos de la luna.

Prudente en extremo, como lo son todos sus congéneres, no adelantó más que unos pasos, preparado siempre a desaparecer de nuevo en la espesura a la menor alarmar.

Debía de haberse dado cuenta de la inquietud del jaguar. La fiera echaba de menos el olor de la carne blanca y se irritaba, gruñendo sordamente.

—Ese demonio de bicho nos va a estropear el plan —dijo Juan en voz baja—. Si el indio nota que no estamos en la cabaña sospechará en seguida que pasa algo extraño y se nos escapará.

—El caso es que está tan lejos de nosotros, que no tengo la seguridad de tocarles si disparo —dijo Marcos.







—Esperemos, pues.

Parecía que el indio y el jaguar conversáran.

El primero emitía débiles silbidos, y el segundo respondía con gruñidos cuya entonación era distinta cada vez.

—¿Será posible que se entiendan? —preguntó Marcos, asombrado.

—Los dos son hijos de la selva —respondió Juan—. Acaso se comprendan.

El jaguar, al cabo de algunos instantes, se acercó a su amo, rozando con su cabeza las piernas de aquél, como si, lejos de ser la fiera más sanguinaria de Suramérica, no fuese más que un manso perrillo; después se alejó casi a rastras.

Esta vez ya no se dirigía hacia la cabaña, sino hacia el árbol que servía de escondite a los cazadores.

El indio le seguía lentamente, deteniéndose a cada cuatro o cinco pasos.

—Prepárate —dijo Juan—. Esta vez los tenemos a los dos.

—Yo apunto al jaguar —dijo Marcos.

—Y yo al indio.

Ya no estaba la fiera más que a sesenta o setenta pasos, y el indio a un centenar de ellos.

Los dos mineros apuntaron cuidadosamente durante algunos segundos, y luego dos disparos simultáneos rompieron el silencio que en aquel momento reinaba en aquella selva virgen.

El jaguar dió una voltereta, lanzando un rugido de dolor, y desplomóse tendido sobre la hierba; el indio cayó también, para levantarse en seguida y huir hacia el bosque.

Los dos hermanos bajaron del árbol precipitadamente y se lanzaron a la persecución del fugitivo, resueltos a terminar con él también.

Fué una carrera inútil, pues nada pudieron ver ni oír del perseguido.  
Pa-

recía que la tierra se hubiese tragado al indio de la selva.

—Y sin embargo, me parece que lo has herido —dijo Marcos.

—Sí, porque le vi caer de pronto —respondió Juan—. Bueno, dejémosle correr por ahora; mañana lo buscaremos.

Volvieron al sitio donde el salvaje cayera, y distinguieron algunas gotas de sangre en la punta de las hierbas.

—Ya tendrá bastante —dijo Juan—. No se atreverá a volver.

Desollaron al jaguar, para guardar su magnífica piel, y se encerraron otra vez en la cabaña, seguros de pasar por fin una noche tranquila.

Y así fué. Nadie perturbó su sueño.

Tres días después, siguiendo las huellas de un *pecari*, especie de jabali, mucho más pequeño que los nuestros, y cuya carne sabe a musgo, encontraron en el bosque un esqueleto perfectamente mondado, que reconocieron al punto por el copete de plumas de papagayo que aún conservaba y por la cerbatana, que se hallaba a dos pasos, apoyada contra un árbol. Era el del implacable indio de la selva.

El salvaje, herido mortalmente por la bala de Juan, había caído allí y las terribles hormigas blancas lo habían devorado sin dejar intactos más que los huesos.

Libres ya de aquel peligroso adversario, los dos mineros emprendieron de nuevo sus trabajos con mayor energía, acumulando en un mes más de cuarenta kilos de oro.

Durante este tiempo no volvieron a ser molestados por ningún otro indio.

Ya eran ricos. Regresaron hacia el Sur con su tesoro, y llegaron felizmente al Paraguay, donde poco después se embarcaron para su querida isla lejana, llevando como recuerdo de aquella extraña aventura la piel del jaguar.

FIN







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ME HE LEVANTADO CON UNAS FUERZAS HERCÚLEAS, CURRINCHE. SI SANSOMNO LLEGA A DERRIBAR EL TEMPLO LO HUBIESE DE RIBADO HOY YO

ME CHOCA



TOCA Y VERÁS QUE BICEPS SON DE GRANITO

DE MUCHOS GRANITOS COMO QUE LE ESTÁ HACIENDO FALTA UN DEPURATIVO



ESTA FUERZA BRUTA HAY QUE EXPLOTARLA CURRINCHE. PODEMOS GANAR MUCHO DINERO

PUES PARA LUEGO ES TARDE. TENGO UN PLAN ESTUPENDO



LE VOY A CONSTRUIR UNAS PESAS DE CIENTO MIL KILOS PARA QUE USTED LAS LEVANTE EN LA PLAZA PÚBLICA Y VERA COMO GANAMOS DINERO A ESPUERTAS

SI ME LAS DEJAS EN DOS KILOS TALVEZ ME ANIME.



AQUI ESTÁN LAS PESAS

CURRINCHE POR DIOS NO TE VAYAN A APLASTAR

SI USTED FUESE TRIANGONOMETRICO SABRIA QUE CIENTO MIL KILOS DE CARTÓN SOLO PESAN VEINTE GRAMOS

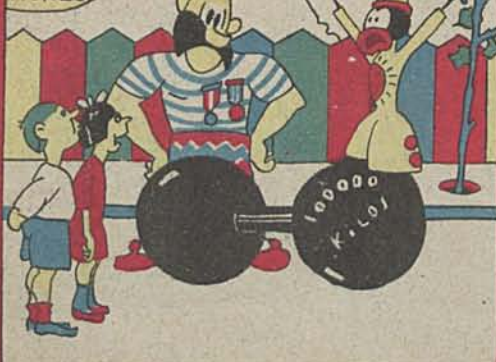


LA TRIGONOMETRÍA QUE YO SE ME LA ENSEÑÓ UN MAESTRO CHICO SLOVACO QUE SABÍA LA MAR DE NÚMEROS, PERO AL POBRE NO LE SIRVIERON PARA NADA POR QUE LO APLASTÓ UN CAMIÓN

¡POBRECILLO! ¡QUÉ SUSTO SE LLEVARÍA!



RESPECTABLE PÚBLICO. EL TRABAJO QUE VAMOS A PRESENTARLES ES UN TRABAJO NUNCA VISTO NI OÍDO. EL GRAN HERCULES, EL ÚNICO EL AUTÉNTICO VA A LEVANTAR CON UNA SOLA MANO ESTA PESA DE CIENTO MIL KILOS. ¡NO DESMAYARSE SEÑORAS Y SEÑORES!



OYE CURRINCHE SE ESTÁ LEVANTANDO UN VIENTECILLO QUE ME ESCAMA MUCHÍSIMO



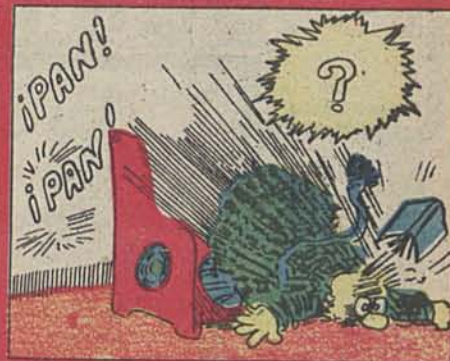
SUJÉTALA BIEN, NO SE LA VAYA A LLEVAR EL AIRE







# DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





# CUENTOS DE CALLEJA

## LA AMISTAD DEL POBRE

Castillo

**E**os niños llamados Pablo y Juan eran vecinos de un mismo pueblo. El primero vivía en una elegante quinta; tenía caballos, coches, criados, y su única ocupación era ir a la escuela y estudiar sus lecciones.

El padre de Juan, por el contrario, era pobre y no poseía más que un pequeño campo, que producía escasamente lo necesario para el sostenimiento de su familia. Su hijo se levantaba todos los días muy temprano, así para ayudarle en las faenas del campo como para pastorear unos cuantos puercos; pero siempre que sus ocupaciones se lo consentían, su padre le enviaba a la escuela, según se lo había aconsejado el cura del lugar.

La primera vez que Juan se presentó en la escuela, los niños de familias ricas se burlaron de su tosco traje; sólo se le acercaban para mofarse de él, y ninguno quería sentarse a su lado. Juan, comparando su vestido con los de sus condiscípulos, comprendió que era su pobre traza y aspecto la causa de tanto desprecio, y se le saltaron las lágrimas.

Pablo, viendo llorar al pobre niño, se movió a compasión, y acercándosele le dijo:

—¡No te aflijas; yo me sentaré siempre a tu lado!

Esta muestra de bondad le trocó a Juan la pena en gozo por haber hallado, al fin, quien le compadeciese.

—No puedo verte llorar así —continuó Pablo—

¡Vamos, yo te prometo ser tu amigo! Jugaremos siempre juntos y te defenderé de los compañeros si intentaren maltratarte.

Enjugó Juan sus lágrimas, y tomando la mano del compasivo niño, le dijo:

—Yo también seré tu amigo, ¡y ojalá pueda algún día pagarte el bien que hoy me haces!

Poco tiempo después, yendo un día Pablo de paseo,

tropezó con una banda de ladrones que viéndole bien vestido, se propusieron robarle cuanto llevaba encima, y con ese intento le llevaron a un bosque inmediato. Allí no sólo le despojaron del poco dinero que llevaba encima y de un reloj de oro y una sortija que le había regalado su madre, sino también de la ropa, dejándole completamente desnudo.

Era ya de noche, y no es de contar lo que pasó por el ánimo de aquel pobre niño en aquella espantosa soledad,

sin saber dónde se hallaba ni qué camino tomar para salir del bosque. Cuando se le figuró que los ladrones estarían muy lejos, comenzó a pedir auxilio a grandes voces.

Entretanto, su padre, justamente alarmado por su ausencia, y después de haber aguardado por mucho tiempo la vuelta de su hijo, salió con los criados en su busca, dejando a la pobre madre en profunda angustia.

Habiendo preguntado por todas partes y recorrido







en vano la aldea y sus contornos, llegó a temer que su hijo se hubiese ahogado en el río; pero tampoco allí encontró ninguna señal que le indicase que su hijo hubiese estado en aquellos lugares, y volvió a su casa con la mayor aflicción.

Juan, al ir a acostarse aquella noche, rogó fervorosamente a Dios que protegiese a su amiguito; y de tal modo le preocupaba su suerte, que, no pudiendo conciliar el sueño, se decidió, al fin, a salir de su casa en busca de su amigo.

Después de haber recorrido inútilmente todos los lugares que ambos frecuentaban, se encaminó al bosque, gritando a cada paso «¡Pablo!, ¡Pablo!», a medida que se internaba en la espesura. No había andado mucho cuando oyó la desmayada voz del pobre niño que decía:

—¡Aquí estoy!

Corrió Juan hacia el sitio de donde salía la voz y se encontró con su amigo tendido en el suelo y en completo desfallecimiento. Le ayudó a levantarse, se quitó la mayor parte de sus vestidos para cubrirle con ellos, y echándoselo en hombros, salió precipitadamente del bosque, y fué corriendo a deponer su preciosa carga a

los pies de los afigidos padres.

No hay para qué pintar el gozo de éstos y la alegría del niño al verse en el seno de la familia.

Cuando hubo desahogado toda la efusión de su alegría, volvióse el padre de Pablo a Juan y le dijo:

—Mil duros había ofrecido al que encontrase a mi perdido hijo; tuyos son, valiente niño, y recibe además el mejor potro de mi cuadra.

—¿Pero por qué? —preguntó Juan entre humillado y ofendido.

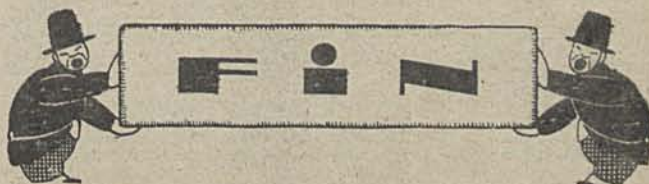
Como prueba de nuestro agradecimiento por haber salvado la vida de mi hijo, y como recuerdo de éste por tu generosa acción.

—No, señor —dijo Juan—; yo no quiero nada; he hecho lo que debía y he pagado una deuda. Pablo es mi único amigo entre mis discípulos, el único que no se avergüenza de ser-

lo, no obstante mi pobreza. Jamás se me olvidará el día en que fuí a la escuela por vez primera, y cuando más se reían de mí los orgullosos niños que allí había, sólo uno tuvo la bondad de sentarse a mi lado y con palabras de ternura consolarme.

No me tiene usted que dar nada, señor. Esto que he hecho no ha sido más que devolver el bien que un día se me hizo.

Nada pudo reducir al niño a recibir el menor regalo como muestra de reconocimiento. Lo que él más apreciaba era la amistad sincera de su amigo, y ésta nunca le faltó, ya que Pablo jamás olvidó lo que debía, y fueron siempre tan buenos amigos como habían sido en el tiempo de su infancia.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que charlemos hoy?

—Hoy vas a hablarme, querido buho, de un animalito sumamente pequeño. He visto su cuerpecito atravesado por un alfiler en la vitrina de crustáceos del Museo de Historia Natural, y no he podido por menos que interesarme mucho por conocer algo de la vida de este animalito. Me refiero a un cangrejito que vive en el interior de los moluscos, y que, según reza el cartel puesto en la vitrina, se llama el «pinnótero».

—Ya sé qué animal es. Y has tenido gran acierto en escoger este tema para nuestra charla, porque es un animalito cuya vida es en extremo interesante.

—Cuéntame, pues, lo que sepas de este minúsculo cangrejo.

—Este cangrejo no creas que es un joven cangrejo, apto para crecer como los demás, pues no pasa del tamaño en que tú lo has visto. Y la razón de este desarrollo tan diminuto está explicada en cuanto conozcas cómo vive. El gran naturalista Plinio se ocupó ya de este bichito, y dice en sus descripciones que el molusco vive bajo el agua del mar con sus dos valvas entreabiertas a manera de cepo, para que penetren en su interior pececillos y otros animalitos marinos. Entre éstos figura el «pinnótero», que, al ver el recipiente del molusco lleno de abundante combustible, penetraba también, en espera de que el molusco cerrase sus conchas, y entonces, cuando todo aquel acopio de seres minúsculos quedaba aprisionado sin poder escapar, se dedicaba a matarlos y devorarlos. El escapaba con vida gracias a su caparazón, que no podía ser triturada por el molusco.

—Pero, en cambio, cuándo este cangrejito se halle fuera de la protección del molusco, estará expuesto a la voracidad de infinidad de enemigos.

—La teoría del moderno sabio Beneden demuestra que el «pinnótero» no sale del interior del molusco, y que entre éste y aquél hay una asociación mutua que redunda en beneficio de los dos. Los moluscos proporcionan a los cangrejos una vivienda segura, donde están a salvo de las acometidas de otros bichos, y el molusco sale a su vez beneficiado de esta protección.

—Poco será el beneficio que pueda obtener de un animal tan minúsculo.

—No lo creas. Este cangrejo es un animal muy ágil, de movimientos muy rápidos, y cuando el molusco entreabre sus valvas se pone en guardia, vigilando la entrada de su vivienda. De esta forma, emboscado, acecha, y cuando ve una presa cercana se lanza rápidamente sobre ella, la aprisiona entre sus pinzas y corre a esconderse entre los repliegues carnosos del molusco. Entonces éste, dándose cuenta de que su pequeño parásito ha hecho presa, cierra las valvas y espera a que el cangrejo triture su caza, para aprovecharse, a su vez, de las pequeñas partículas que aquél desperdicia.

—¿Quieres decirme que el molusco se alimenta de las sobras de la comida de su protegido?

—Tú lo has dicho. Y como la voracidad del cangrejo es extraordinaria, el molusco está muy satisfecho de albergar entre sus conchas a un huésped tan comilón.

—No está mal la combinación, ¿verdad, amigo buho?

—Ni mucho menos. Los dos se encuentran muy a gusto con ella, y así viven sin el menor disgusto ni la menor discusión.

—¿Y es igual que los demás cangrejos?

—Exactamente lo mismo, sólo que reducido de tamaño. Es como si fuese un cangrejo enano; pero, como sus compañeros, está cubierto de un caparazón duro, respira por branquias y tiene adosados al cuerpo cinco pares de patas articuladas, las dos primeras provistas de pinzas, que, a modo de tenazas, le permiten cazar sus presas.

—¿Son comestibles?

—Los cangrejos, sí. ¿No los has comido nunca?

—Muchas veces; pero me refiero a estos pinnóteros. Los otros ya sé que lo son.

—Chononito, esta pregunta que me haces no está de acuerdo con el concepto que tú mismo tenías ya formado de estos bichitos. Has empezado hablándome de lo sumamente pequeños que eran, y me extraña que ahora salgas con esta preguntita.

—Pues no debe de extrañarte, porque yo sé por qué te la hago. Explicarte.

—Suponte que estoy comiendo moluscos y que, de pronto, me encuentro con un parásito de estos. Mi primer impulso será retirarlo del molusco y no comérmelo. Pero suponte tú que no lo veo y me lo como. ¿Qué pasa?

—Pues absolutamente nada. No es un bicho venenoso y no puede hacerte daño.

—Pues eso es lo que yo quería saber.

—Hay gentes que creen que los moluscos que contienen cangrejos no deben comerse, porque suponen, y suponen muy mal, que son venenosos. No hay tal cosa, y no debe haber tal temor.

—Ya ves cómo no soy yo sólo el que está en el caso de hacer la misma preguntita que yo te he hecho.

—Es que yo la había interpretado de otro modo. Creí que tu intención era saber si podrías comer un plato de pinnóteros. En tal caso te harían falta muchos millares, porque su tamaño viene a ser el de una cabecita negra de alfiler.

—¿Para qué apetecer esto habiendo cangrejos de tan buen tamaño y tan sabrosa carne?

—Tienes razón. Y para que veas que pienso como tú, te convido a unos cangrejos y un vaso de cerveza. ¿Te gusta el aperitivo?

—El aperitivo mejor para mí es mi propio apetito; pero por esta vez acepto.

—Vamos allá.



## CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



**José Alemany López.**—Me han hecho reír mucho tus preciosísimos chistes. Ten la seguridad de que se publicarán en cuanto les toques su turno. Abrazos muy apretados de tu antiguo y gran amigo.

**José Antonio Urgoita.** No te impacientes, mi querido José Antonio, porque todo llega. Y llegará la publicación de tus lindos dibujos. No te quepa la más diminuta duda. Ten en cuenta que son muchos miles de pinochistas a los que he de atender, y tengo establecido un rigurosísimo turno de antigüedad que no puede en modo alguno alterarse. Tin y Ton agradecen mucho tus recuerdos y te los devuelven con mucho afecto. Tuyo siempre.

**Carlos Serrano Osma.**—Me ha conmovido tu verso. Es el fidelísimo retrato de mi persona. Ya está en la imprenta, y sólo queda esperar a que aparezca en las columnas de mi revista. Excusa decirte que el original, con tu firma y rúbrica, pasará a enriquecer las hojas de un Album en que yo conservo los trabajos que me dedican mis buenos amigos. Gracias, querido Carlitos, y ahí van fuertes abrazos.

**Mariano Muñoz.**—Eres injustísimo al juzgar como malo el magnífico dibujo que me envías. A no ser que tu modestia le haga obrar así. Dibujas superiormente bien, y debes trabajar de firme para aprovechar esas envidiables aptitudes. De Tin y Ton no me hables siquiera. Estoy disgustadísimo con ellos. No hay forma de hablarles en serio. Todo se les vuelve dar saltos, disparar tiros, romper cosas. Eu fin, tú veras qué se puede esperar de una tormenta y de un ciclón semejantes. Mucho, pero nada bueno. De su nacimiento sólo

puedo decirte que vinieron a este mundo que habitamos en un bólide que cayó en el jardín de mi palacio. De su edad no sé nada, ni es fácil saberlo, porque, como ellos dicen, cada día tiene una edad distinta, y están hechos un verdadero lío. Tuyo incondicional.

**Ramón Jaraquemada.**—Los dibujos tuyos y los de tus hermanitas me han parecido de perlas, y a escape los he enviado a Don Turulato para que los coloque en el turno de publicación. Ya sabéis que os quiero mucho y que no olvido vuestros deseos; pero me estrello, en cuanto a la rapidez, con la enorme cola de trabajos que esperan su hora para salir en mi revista. Enviar dibujos con más frecuencia, y así saldrán también más a menudo trabajos vuestros. Pirula, Don Turu, Currinche, Morronguis, Laura y Tin y Ton os envían conmigo muy efusivos abrazos.

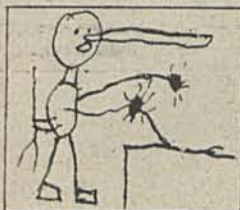
*Pincho*



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados



Pinocho, escribiendo.  
JOSÉ M. ALVAREZ CASCOS.



El profesor. — Juanico,  
¿dónde se pesca la merluza?  
El niño. — Pues verá usted. La merluza se pesca en el mar; pero mi padre la pesca en la taberna.  
JOSÉ M. PINTO.



Una reina.  
LOLITA ARENAS.



Una colmena.  
MARIA CARO.



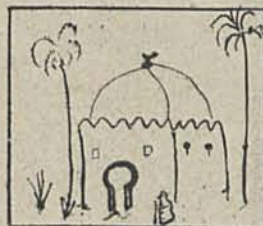
Una holandesa.  
FEFINA RODRIGUEZ.



La hermana de Colón.  
ROSARIO LOSADA.



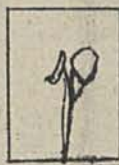
Don Turulato.  
TOMÁS REIG.



Una mezquita mora.  
ANDRESITO RUIZ DE LA ROSA.



Un angelito.  
PEDRO ORDUÑA.



Unas tijeras.  
JUNITA ARRANZ.



Dibujo dedicado a «La Madrecita».  
MERCEDES REY.

### La señora indecisa. (Problema.)

Una señora de carácter muy indeciso quería colgar un cuadro. Arrimó a la pared una escalera que tenía siete peldaños. Subida, mudaba de idea sobre cuál sería el cuadro que colocaría en aquel sitio; volvía a subir con el mismo cuadro y, por último, lo colgó. ¿Cuántos pasos dio la indecisa señora?

La criada dijo que ella pisó dos veces el suelo; que llegó dos veces hasta el último peldaño; que partió del suelo, y que todos los pasos que dio al subir y al bajar fueron de igual extensión; esto es, que nunca saltó dos peldaños de una vez y que pisó el mismo número de veces en cada peldaño.

### El problema de los cruzados.

En cierta ocasión llegó a un convento un conde amigo de la comunidad, y sabiendo que la costumbre de ésta era entretenerse en el postrero en la solución de problemas ingeniosos y más o menos complicados, propuso el siguiente, que dijo había aprendido en tierras extrañas:

Una vez salió a luchar por la buena causa un cuerpo de caballeros cruzados, cuyo número era tal que podían formar un cuadrado perfecto. En el camino otro caballero de la misma orden juntó a la expedición, y entonces los guerreros pudieron formar trece cuadrados menores.

¿Cuántos eran los cruzados? Después de haber hecho algunos cálculos, el prior del colegio dijo al conde, su huésped:

— Señor conde, vuestro problema es de solución sencilla. Primeramente eran 304 hombres, los cuales podían formar cuadrados de 18 por 18, y después del encuentro de su compañero de orden eran 325, que podían formar 13 cuadrados de 25 cruzados cada uno.

— ¿Mas me podríais decir cuántos hombres serían precisos para que, en vez de formar 13 cuadrados, pudieran formar 113 en condiciones exactamente iguales?

Ninguno de los presentes pudo resolver el problema presentado por el padre prior. Mas éste no quiso dar a conocer la solución del problema sino días después.

¿Cuál será el número de cruzados que podría formar un cuadrado perfecto, y por el acrecentamiento de un cruzado más podrían formar 113 cuadrados?

### Chiste.

En un laboratorio hablase de inventos y dice uno de los presentes:

— ¿Qué me dicen de la enmencita y de la gelvita?

— ¿Qué viene a ser eso?

— Dos substancias más explosivas que la melinita y que la dinamita.

— Es extraordinario — exclama Bernabé — que todos los explosivos acaban con ita, como mi suegra.

— Entonces, ¿cómo se llama tu suegra?

Se llama Rita.

CARMEN MONTERO.  
Trece años.

### La manzana milagrosa. (Cuento gráfico infantil)

El rey de Persia, don Jalama III, tenía tres hijos; el mayor se llamaba Jorge, el mediano Antonio y el pequeño Julián. Cierta día el rey dijo a sus hijos:

— Ya soy muy viejo y no sé quién ha de sucederme en el trono, pues como sois tres, no os lo puedo dejar a todos. El que me traiga el mayor tesoro heredará el trono.

Los tres príncipes partieron, y al poco tiempo volvieron, trayendo cada uno su tesoro. El rey estaba enfermo de gravedad y nadie podía curarlo. Entonces se presentaron los tres jóvenes de improviso.

El mayor trajo una alfombra veladora; el mediano, un sable, con el que podía vencer a todo un ejército, por muy grande y numeroso que fuese, y el pequeño Julián trajo lo más útil, la manzana milagrosa que podía devolver la salud a los enfermos, por muy graves que estuviesen.

Sabiendo que su padre corría peligro, le frotó con la manzana milagrosa y lo dejó curado al punto.

Entonces su padre, sabiendo que el mejor tesoro era la vida, le nombró su heredero, lo casó con una joven guapísima y fue muy feliz en compañía de sus padres y hermanos, gracias a la manzana milagrosa. Y colorín, colorado, que Charlot se ha fugado.

JULIÁN ORDEN APARICIO.  
Trece años.



Lucio.  
ANITA SERRANO.



Mi prima.  
ELVIRA SERRANO.



Polito.  
E. S.



El simpático Pinocho.  
M.ª LUISA ABAD.



Lainstitutriz.  
R. L.



Retrato cubista.  
M.ª TERESA DÍEZ.



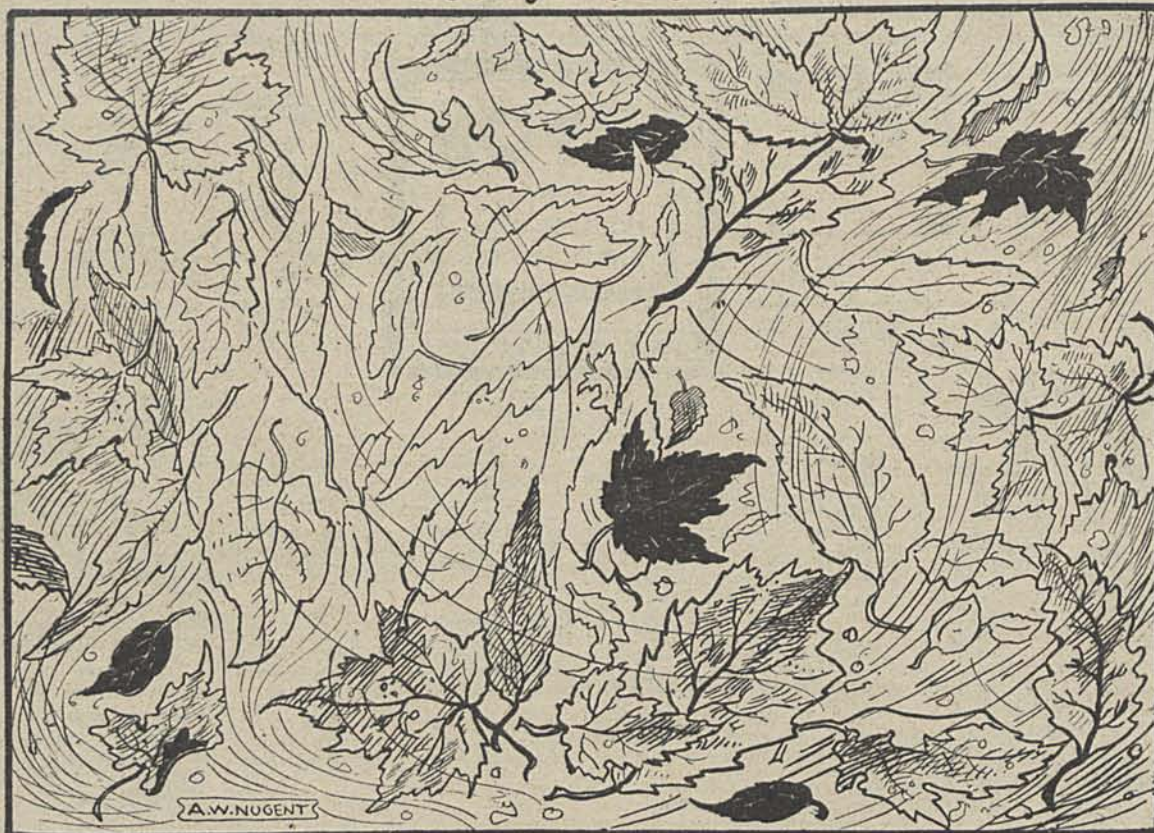
Preparado para el desafío.  
MANUEL A. DE SOTOMAYOR.



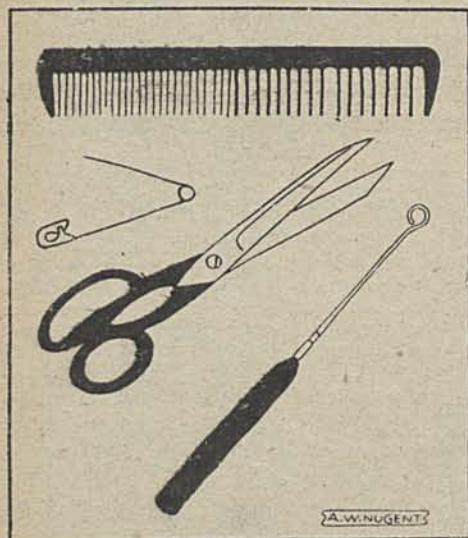
# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios, y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## PAISAJE OTOÑAL



## DIBUJO CON ERRORES



Un peine, un imperdible, una tijera y un abrochador. Total cuatro objetos solamente y cinco errores. Decididamente nuestro dibujante está loco. Cada día es más distraído. ¿Cuáles son los errores?

Revolviendo en la carpeta de los dibujos he encontrado éste, hecho el pasado otoño. Como véis, representa un día de viento huracanado.

Ramas desgajadas, torbellinos, ráfagas, hojas en remolino.

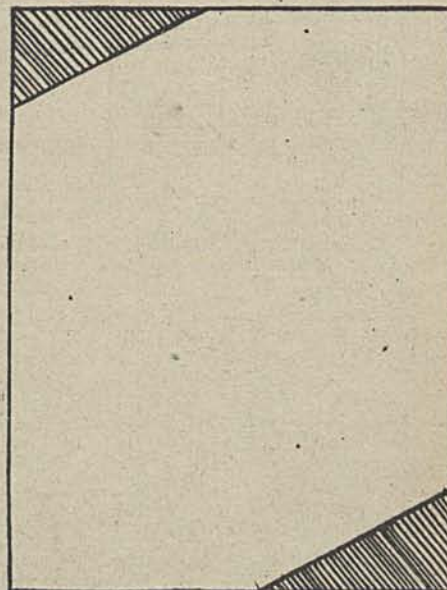
Un día éste en el que se está bien en casita, leyendo un libro detrás de la vidriera del balcón.

Mas no todo son ramas rotas y hojas volantes. Hay también entre las hojas y las ramas un pobre pajarito, transido de frío, y un pato. ¿Dónde se hallan?

**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES DE ABRIL 167

Envío del Pinochista D. ....

## ROMPECABEZAS



Este si que es un verdadero rompecabezas. Esa superficie en blanco de forma irregular tenéis que dividirla en dos trozos de forma que al volverlos a unir compongan un cuadrado perfecto.



# SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE OCTUBRE

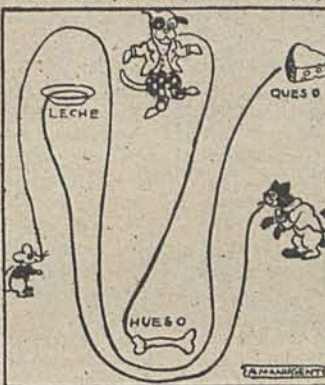
## NÚMEROS 137, 138, 139, 140 Y 141

¿DÓNDE SE HALLA?



LA ALQUERÍA

EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO



EMIGRANTES

EL ESCONDITE



OTRO DESAPARECIDO



DIBUJO CON ERRORES



1. El péndulo descentrado.—2. Relojes con distinta hora.—3. La carta con signos diferentes.—4. Cuatro y marca cinco.—5. La estilográfica se caería.—6. El lápiz no tiene mina.

DIBUJO CON ERRORES



1. Sobre una joroba.—Al rabo le falta la borlita.—3. Sobre un cuerno.—4. Falta un cuerno, y 5. Burro con cola de caballo.

DIBUJO CON ERRORES



1. Falta pendiente.—2. Falta palo al respaldo.—3. Zapato con tres ojitos.—4. Idem con tacón diferente.—5. Falta un dedo.—6. Pata desigual, y 7. Falta pata.

DIBUJO CON ERRORES



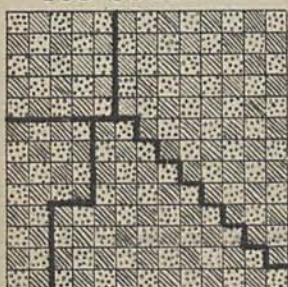
1. El cascanueces no tiene dientes en un lado arriba y los tiene abajo.—2. Al cinturón le faltan ojitos.—3. El bolso tiene el cierre separado.—4. La hoja larga lo es demasiado, y 5. El sacacorchos mal colocado.

PROBLEMA



1.ª venta, 51.—2.ª venta, 17.—3.ª venta, 9.—4.ª venta, 5 gan-  
sosos. Resto 19 gan-  
sosos. Total te-  
nia 101.

LOS CUADROS



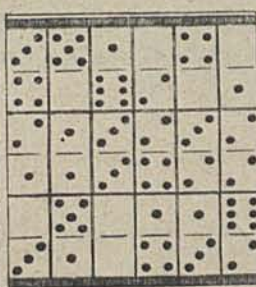
Cortando por los trozos gruesos, se divide el trozo y al juntar los pedazos se formarán dos trozos cuadrados.

CUADRO MÁGICO



He aquí la forma de colocación para que la suma sea 65.

EL DOMINÓ



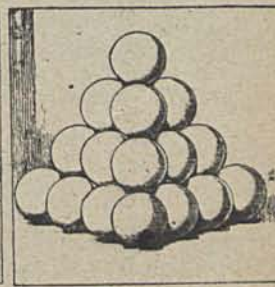
Orden de colocación:  
(6-3). (1-5). (0-3). (3-1). (6-2). (2-4).  
(3-3). (4-3). (5-0). (1-4). (1-2). (6-4).  
(0-4). (6-6). (0-2). (5-3). (0-0) y (5-5).

EJERCICIO DE OBSERVACIÓN



El orden de los números indica cuáles son los matrimonios. 1 con 1. 2 con 2. 3 con 3, y 4 con 4.

PIRÁMIDE



El número es 4.900.





# SECCIÓN PIRULA

## CUENTOS DE PIRULA

*Kataki, Takata y Bolobolin (Fin).*—Sin duda creeréis que Bolobolin debía de ser muy feliz. Claro que el pobre, habituado a tanto ruido y a tanto malhumor, se encontraba satisfecho de vivir, al

fin, con tranquilidad; pero si sus padres ya no se quejaban ni se peleaban, tampoco se acordaban de él para nada.

Entre un padre que dormía siempre y una madre que no paraba de comer, la educación del pobre Bolobolin iba dejando mucho que desear, y le sucedía lo que a todos los niños, por muy buenos que sean: si nadie se ocupa de ellos, van siéndolo menos, y acaban no siéndolo ya ni poco ni mucho.

Bolobolin ya no era bueno: se pasaba la vida jugando por la calle al «goal», o revolcándose en los charcos, o pegándose con otros granujillas como él, o jugando a los tigres y a los leones (ya comprenderéis que en Africa no se juega a los toros); en una palabra, «haciendo novillos» en lugar de ir a la escuela.

Nadie hubiera reconocido a nuestro angelito color de betún en este golfillo blanco: blanco de puro sucio que estaba, cubierto siempre del polvo de los caminos.

Y así ocurrió un día algo espantoso. Bolobolin se hallaba jugando en la orilla de un estanque con sus amigotes, cuando de pronto, ¡pluff!, se cayó al agua, lanzando un grito horrible.

Este grito lo corearon todos los demás niños exclamando: «¡Bolobolin se ha caído al agua! ¡Bolobolin se ahoga! ¡Socorro! ¡Auxilio!»

Tanto gritaban, que el ruido sacó a Takata de la modorra de su digestión continua, y a Kataki de su sueño ininterrumpido.

Los dos exclamaron a su vez: «¡Nuestro hijo se muere!», y quisieron correr en su auxilio. Pero entonces ocurrió algo más terrible que todo: al querer levantarse uno y otro, vieron que no les era posible. Kataki llevaba tanto tiempo tumbado inmóvil, que sus miembros se habían anquilosado y le pesaban como si hubieran sido de plomo, y Takata había comido tanto y tantas golosinas, que se había puesto enorme, tan gorda y redonda como una tinaja fenomenal. Al ponerse en pie, su propio peso la arrastró y cayó, agitando brazos y piernas como un escarabajo al que se le coloca boca arriba.

¡Figuraos qué horrible situación! ¡Oían los gritos de su hijito, que se ahogaba, y no podían ir en su auxilio!

Afortunadamente, Bolobolin no se ahogó; en aquel momento acertaron a pasar junto al estanque unos vecinos, que le sacaron del agua y le llevaron, sin más daño que un constipado, a su cabaña de bambú, donde Kataki y Takata seguían llorando y retorciéndose las manos con desesperación.

¡Qué vergüenza y qué horror! ¡Por su pereza y su glotonería había estado a punto de ahogarse su pequeño Bolobolin! Tan desesperados estaban, que ni siquiera se acordaron de pelearse, echándose en cara sus defectos; prefirieron darle toda la culpa al gnomo.

—Ese malvado enano —decía Kataki—. ¿Quién le mandaba meterse en lo que no le importaba y regalarme esos tres dichosos pelos de su bigote?

—¡Ya, ya! —asintió Takata—. Y si no se le hubiera ocurrido regalarme tres pelos de su barba...

Y cayeron de acuerdo:

—¡El tiene la culpa de todo!

Pero en aquel instante oyeron un gran estrépito sobre sus cabezas: se hundió la techadumbre de la cabaña y de entre los escombros surgió, con una pirueta, el genio de los cocoteros:

—La culpa de todo —dijo— la tenéis vosotros, y lo sabéis muy bien. Yo no he hecho más que cumplir vuestros deseos.

—¡Ah! señor —exclamó Kataki—, si me devolvieras mi agilidad, yo te juro que trabajaría todo el día, y solamente querría ya dormir de noche.

—Y yo, señor —exclamó Takata—, si me devolvieras mi esbeltez, prometo no hacer nunca más de dos comidas diarias y no volver a probar una golosina en mi vida.

—Así sea —contestó sencillamente el gnomo.

Y esta vez desapareció, metiéndose en un alfilertero.

Al punto Kataki se sintió ágil y flexible; se levantó de un salto, y silbando alegremente, se puso a arreglar la techumbre hundida.

Al mismo tiempo, Takata sintió que le desaparecían los ochenta o noventa kilos que le sobraban; en seguida se puso a fregar, a barrer, y a zurcirle un pantalón a Bolobolin, que contemplaba a sus papás abriendo unos enormes ojos blancos y redondos.

Y desde entonces la calma y la dicha se instalaron definitivamente en la cabaña de bambú; Kataki trabajaba y ganaba un buen jornal; Takata se ocupaba de las faenas del hogar, y Bolobolin iba diariamente a la escuela, donde era citado como modelo de colegiales.

Los domingos toda la familia, cantando el himno nacional que dice así:

—Nací en un bosque de cocoteros  
una mañana el mes de abril,

se iba a la plaza del pueblo a bailar a los acordes de un magnífico «jazz-band» de peroles, cucharones y cacerolas, los bailes típicos del país de los negros, o sea el charleston y el «blanck-bottom».

## PIRULA, BORDADORA

*Un motivo de rombos.*—¿Hay nada más fácil que la ejecución del adjunto bordado cuyas puntadas —que lo mismo pueden ser de cadeneta que de cordón, de pespunte que de zurcido— forman caprichosos dibujos a base de rombos?

En el blusón que lleva Paquita —una Pirulinda tan buena como el propio Bolobolin, cuya historia acabáis de leer, y bastante más bonita— he colocado cinco de estos rombos como si estuvieran jugando a las cuatro esquinas y uno se quedase en el centro «pidiendo lumbre».

Del mismo punto que los rombos es la franja que adorna el borde inferior del blusón de lanilla azul pastel que Paquita lleva con una falda plisada.

